



Luisgé Martín, fotografiada en su casa de Madrid durante su entrevista con ABC

JOSÉ RAMÓN LADRA

# «En estos momentos vivimos en el disparate de la hipocresía»

## Entrevista

### Luisgé Martín Escritor

► Ganó el último premio Herralde con la novela «Cien noches», en la que aborda las verdades y las mentiras de la fidelidad en las relaciones amorosas

INÉS MARTÍN RODRIGO  
MADRID

Ya lo cantaban Rocío Jurado o Fernanda de Utrera. Hay veces en las que el amor se termina rompiendo de tanto usarlo. Y hay otras en las que se acaba por no gozarlo lo suficiente. En ambos casos, el sexo suele tener un papel primordial, (in)fidelidad mediante. Todo esto se le debió pasar por la cabeza al escritor Luisgé Martín (Madrid, 1962) cuando se cruzó con un estudio que reflejaba el porcentaje de fidelidad entre la población masculina. Convencido de que «uno cuando habla del sexo tiende a mentir», puso en marcha un peculiar experimento literario: investigar, sin su consentimiento, a seis mil personas para elaborar una estadística fiable de los comportamientos sexuales. Y decidió hacerlo con una mujer, Irene, como protagonista. El resultado es «Cien noches» (Anagrama), novela con la que ganó el último premio Herralde.

—Eso de cuestionar la fidelidad, aunque sea literariamente, es poco propio de los tiempos tan políticamente correctos que vivimos...

—Es posible, pero justamente por eso me interesa todo lo que tiene que ver con ese mantenimiento de actitudes que conocemos pero que ignoramos, cancelamos y a veces censuramos. En estos momentos en los que vivimos en el disparate de la hipocresía, algo tan estandarizadamente hipócrita como la fidelidad sexual es un tema que me apetecía desde hacía tiempo trabajar. Me gusta en la literatura meterme en charcos, porque para hacer cosas que no vayan a contracorriente o que confirmen el discurso dominante ya están las conversaciones de café o el propio mundo.

—En «Cien noches» no percibo rastro alguno de intención moralizante.

—No. Lo que sí hay es intención demoralizante. Es decir, la intención de quitar a todo lo que tiene que ver con las relaciones sexuales una serie de hándicaps, perjuicios, normas que no se corresponden con la realidad para dejar que las cosas funcionen como deban funcionar. Hay mil millones de modelos distintos de relaciones, y todos son perfectamente válidos. No nos empeñemos en estigmatizar algunos comportamientos. Se puede ser infiel

por puro deseo, por puro vicio, en el mejor sentido, y no tiene nada que ver con que falle algo.

—Pero nos damos de bruces contra el concepto de normalidad en la sociedad. ¿Quién decide lo que es normal?

—En sociedades supuestamente laicas sigue perviviendo una especie de ADN que nos hace soportar o defender, incluso, algunos valores en los que no creemos. Además, la infidelidad tiene mala prensa, porque va asociada al fracaso sentimental, y es algo que a mí me parece erróneo. Me fascina cómo somos capaces de comportarnos de una manera sabiendo que es todo falso, que es mentira.

—Autoengañarnos, ¿no?

—Sí, y tratar de vivir en sistemas que sabemos que están contruidos sobre la falsedad. Es mucho más divertido aún, o trágico, cuando uno da un paso más en el autoengaño: los infieles que son absolutamente celosos; esa mentira sobre la mentira es aún más fascinante.

—La clave es dónde está el límite entre el sexo y el amor. ¿Sabemos marcarlo?

—Yo lo veo imposible. Es relativamente fácil en determinadas fases en las que uno sabe perfectamente que está poseído irracionalmente...

—Pero eso dura sólo un tiempo.

—Cien noches.

—Claro, esa es la conclusión a la que

llegan los personajes de su novela. ¿Somos irremediabilmente infieles?

—Tampoco quiero dar por supuesto que todo el mundo, pero sí tengo la sensación de que si todo el mundo pudiera lo sería, porque todo el mundo sabe que puede ser infiel sexualmente sin estar traicionando a la persona a la que ama.

—Al final, entonces, se trata de restarle importancia al sexo.

—Sí. El sexo, y el sexo conyugal en concreto, está sobrevalorado. El sexo tiene un punto de sacralización. Tenemos esa idea de que en la intimidad estás dando un trocito de espíritu, y no es verdad.

—Salvo que haya amor...

—Bueno, sí, no es verdad necesariamente. Y a mí me parece que, además, el sexo con amor, incluso si es malo, se salva, es maravilloso. Mientras que el sexo anónimo, si es malo pues es una tontería.

—¿Cómo alcanza el equilibrio que dice buscar cuando escribe haciéndolo sobre pulsiones?

—Justamente me viene por el reconocimiento de las pulsiones. Biográficamente, cuando yo salgo del trauma de mi castidad, de mi homosexualidad no reconocida, de mi homofobia, yo asumo una ley que a la gente le hace siempre más feliz: nunca te niegues los impulsos que sabes que no vas a poder negar. Yo eso lo había vivido en primera persona durante muchos años, y al final se rompió; no sólo durante esos años fui profundamente infeliz, sino que no sirvió de nada. Y, desde entonces, me enfrento a la vida con un carácter más hedonista y reconozco aquellas pulsiones que sé que no tengo por qué sentir ninguna culpa por ellas, y que van a ser las que, al final, me den un poco de equilibrio, de paz o de una pequeña felicidad.

—¿Somos pudorosos en exceso al abordar el erotismo en la cultura?

—Sí, al final todo forma parte de la misma arquitectura, seguimos siendo pudorosos, vergonzosos... En todo lo que tiene que ver con las manifestaciones del erotismo seguimos bloqueados. Tengo la sensación de que hay un punto de secreto, de misterio, que sirve para que el sexo conserve una especie de estímulo que puede ser bueno, pero hay grados y grados.

—Me sorprende cómo en una novela se tolera más una escena sangrienta que una de sexo tórrido.

—Esto es verdad en la literatura, pero en el cine, que hay una explicitud de los sentidos que todavía nos remiten a la idea de pornografía, mucho más. En esto la literatura lo tiene un poquito más fácil.

—Porque las imágenes están en tu cabeza.

—Claro. Cuando ha habido intentos de mezclar el cine común con el sexo explícito, que no tiene por qué ser omnipresente, a mí esa gente ya me enamora sólo por el hecho de plantearse. Y es verdad que en la literatura seguimos utilizando las elipsis más de la cuenta para todo lo que tiene que ver con el sexo.

“  
Mala prensa  
«La infidelidad  
va asociada  
al fracaso  
sentimental, y es  
algo que a mí me  
parece erróneo»

“  
Bloqueo  
«En literatura  
seguimos usando  
las elipsis más de  
la cuenta para todo  
lo que tiene que ver  
con el sexo»